

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, así en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la corte.

¿Por qué fue desoído un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡triste es decirlo! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste esperiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiracion que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abrumado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un día de gran solemnidad.

El canceller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debía en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de Paris; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendiaran en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertíase en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeón.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo xvi. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes, lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bourchier, hija de sir James Bourchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta soya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazón veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco pies y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este país. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lopes Brook y Say, hallábase ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando le obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohíbe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó bajeles con pasajeros, antes de haber obtenido una licencia especial de algunos de los lopes del consejo privado de S. M., encargados de las plantaciones de Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, según habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por orden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debía conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Northampton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas*; pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debía labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servi-

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo xvii, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada país, según las diferentes provincias.

cio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; refundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una nacion enteramente democrática.

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*; secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunales de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes; y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrose alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de Montrose, escocés y cabeza de la casa de Graham, dice el cardenal de Retz, es el único hombre del mundo que me ha traído á la memoria la imágen de algunos héroes que solo se ven ya en las *Vidas de Plutarco*; este no le habia defendido en su país el partido del rey de Inglaterra con una grandeza de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrose no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles; porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, les Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patibulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é induciéndole á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hacia él. «De edad de setenta y seis años, venerable por sus virtudes... miró la muerte sin caer en esa pusilaminidad propia de los viejos, que desde el borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos desgraciados momentos, que intentan agregar al considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y sabiendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos temerosos de los independientes*; el

(1) Vida de Enriquetta de Francia.

embajador de Francia, Belieuvre, y la misma reina ausente, pero que se hacía entender por conducto de Montreuil. Carlos rechazó el arreglo porque chocaba con los principios de su conciencia. En aquella época la fe brillaba por donde quiera, á excepción de un reducido número de filósofos y de libertinos, é imprimía á las faltas, y á veces á los crímenes de los diferentes partidos, cierta gravedad y hasta moralidad, si así puede decirse, dando á la víctima de la política la conciencia del mártir, y al error el convencimiento de la verdad.

Predicando un ministro escocés en presencia de Carlos empezó el salmo 51: *¿Por qué, tirano, te envaneces de tu iniquidad?* Carlos se levantó y entonó el salmo 56: *Señor, apiádate de mí, porque los hombres quieren decorarme.* El pueblo enternecido continuó el salmo con el caído monarca: uno y otro no se entendían ya sino á través de la Religión.

Empero estas señales de piedad se desvanecieron: los santos de Escocia concluyeron un tratado con los justos de Inglaterra, y el ejército *covenantaire* entregó á Carlos al parlamento inglés por la suma de 800.000 libras esterlinas. «Los fieles guardias de nuestros reyes, dice Bossuet, vendieron el suyo.» Cuando Carlos tuvo noticia del tratado, pronunció estas bellas y desdenosas palabras: «Prefiero verme en poder de los que me han comprado á tanto precio, que en el de los que me han vendido cobardemente.»

Prisionero de los hombres que iban á inmolarse en breve, Carlos fue trasladado al castillo de Holmby, el 9 de febrero de 1647, recibiendo en todas partes demostraciones de respeto; la multitud le salía al encuentro, y le llevaban enfermos para que los tocara y les devolviese por este medio la salud: virtud que se le atribuía como *rey de Francia*; esto es, como heredero de San Luis. Guanto mas desgraciado era Carlos, con mas fe se le creía dotado de esta benéfica virtud: extraña mezcla de poder y de impotencia! Suponíase en el régio cautivo una fuerza sobrenatural, siendo así que ni aun tenía la de romper sus cadenas; podía cerrar todas las llagas, mas no las suyas. ¡Ah! No era su mano, sino su sangre, la que debía curar la enfermedad de libertad de que adolecía la Inglaterra.

Libres los *presbiterianos* de todo temor por parte del rey, se propusieron licenciar el ejército, en el que dominaban los *independientes*; pero estos vencieron y formaron en sus campamentos una especie de parlamento militar, á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componían la cámara alta, y los soldados y llamados *agitadores*, la cámara baja; no de otro modo la Constitución republicana de Roma pasó á las legiones del imperio: Sesenta y dos miembros independientes del verdadero parlamento, con los oradores á su cabeza, fueron á reunirse al ejército militante; predicador y deliberante, que entró en Londres y expulsó de Westminster á quien le plugo. Al mismo tiempo el alférez de caballería Joyce, antiguo sastro que había trocado la aguja en espada, sacó al rey del castillo de Holmby, le condujo prisionero del ejército á Newmarket, y desde aquí á Hamptoncourt.

Los hombres que se lanzan los primeros á las revoluciones, parten de un punto de reposo, y han sido formados por una educación y una sociedad muy diferentes de las que las revoluciones producen. En las mas violentas acciones de estos hombres hay siempre algo de lo pasado, algo que no está en armonía con sus acciones, es decir, ciertas impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro orden de tiempos. Estos atletas parecen unos tras otros en la liza á distancias desiguales, segun el diferente grado de sus fuerzas; ó bien, deteniéndose súbitamente, se niegan á avanzar. Empero, en pos de ellos nacen otros hombres, facciosos engendrados por las facciones: nin-

guna impresion, ningun recuerdo, ningun hábito les contraria ni detiene en los hechos del presente; y como realizan por naturaleza lo que sus antecesores emprendieron por pasión, van mucho mas allá que estos primeros revolucionarios, á quienes sacrifican y reemplazan.

DESDE LA PRISION DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA. 1647—1649.

Casi la mitad de la propiedad inglesa había sido sequestrada por el Parlamento, so pretexto de la adhesión de los propietarios á las opiniones realistas. El clero anglicano vagaba errante por los bosques, y las víctimas hacinadas en pontones en el Támesis, succumbían á las enfermedades, y algunas veces al hambre. Habíanse establecido comités investidos del derecho de vida y muerte, que sin forma de proceso despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercían venganzas, traficaban con la justicia y patrocinaban el crimen.

Todos estos males hicieron muy popular la empresa del ejército contra el Parlamento, porque en el choque de las combinaciones y en medio de las miserias públicas, no se examinó hasta qué punto las victorias de la revolución habían reconocido por causa unos rigores que la humanidad, la equidad y la moral no podían justificar.

Después de haber expulsado á los *presbiterianos* del Parlamento, el ejército entabló, á ejemplo de éste, negociaciones con el rey.

¿Pensó Cromwell en reunirse á Carlos? Así se ha creído. John Cromwell, uno de sus primos, le oyó decir en Hamptoncourt: «El rey es tratado con injusticia; pero he aquí lo que hará que se le dispense.» Y mostraba su espada. Es verdad que Ireton y Cromwell tuvieron frecuentes conferencias en Hamptoncourt con los agentes del rey, quien, segun se dice, ofreció á aquel la orden de Jarretiera y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposición por parte de los *agitadores* y *niveladores*, que se decidió á seguirles. El espíritu republicano, que obligaba á un simple ciudadano á rechazar un cordon, le dió una corona. Cromwell hubiera permanecido obscuro pero virtuoso vasallo; la libertad le impuso el crimen, el despotismo y la gloria.

Cromwell jugaba probablemente con dos barajas: si las negociaciones con Carlos producían buen efecto, le llevaban á la fortuna, y si fracasaban hallaba, abandonándolo, otros honores; por un lado la prudencia y el interés le aconsejaban acercarse á Carlos; por otro, su odio plebeyo y su desmedida ambición le alejaban de él. Así se explica mejor la ambigüedad de la conducta de Cromwell, que por la profunda hipotesis de una traicion no interrumpida, é irrevocablemente decidida de antemano á entregarse á los últimos excesos.

En estas negociaciones, tantas veces reanudadas é interrumpidas con los diferentes partidos, el mismo Carlos fue generalmente acusado de falsedad. Adolecía del defecto de escribir y hablar mas de lo que dictaba la prudencia, lo cual era causa de que sus misivas, sus cartas, sus declaraciones y sus dichos, concluyesen por ser conocidos de sus enemigos, que al efecto solían servirse de medios poco honrosos. Después de la batalla de Naseby, el 14 de junio de 1645, halláronse en una cajita perdida cartas y papeles importantes, que fueron leídos en una asamblea popular en Guildhall, y publicadas luego con notas, por orden del Parlamento con este título: *La cartera del rey, abierta*, etc. Estos papeles y estas cartas del rey y de

la reina probaban hasta la evidencia que Carlos no miraba su palabra como comprometida, que intentaba llamar ejércitos extranjeros, y que seguía encañichado como siempre en sus máximas absolutistas.

Así también, antes de abandonar á Oxford para entregarse á los escoceses, había escrito á Digby que si los *presbiterianos* ó los *independientes* no se unían á él, se degollarían unos á otros, y que entonces volvería á ser rey.

Cuando preso en Holmby por el ejército, Carlos fue conducido á Hamptoncourt, escribió á la reina una carta, en la cual, después de haberse explicado acerca de su situación, añadía: «En tiempo y lugar oportunos sabré obrar como se debe con esos bribones, y les daré un cordon de cáñamo en lugar de una jarretiera de seda.» Ireton y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta de los cogines de una silla de montar, en que había sido encerrada. Como hombre, Carlos era naturalmente sincero; pero como rey, el orgullo de sangre y de poder le hacían desdenoso y falaz. Montrose empleó mas noblemente esta imagen de los cordones, cuando dijo marchando al suplicio: «El difunto rey me hizo el honor de recompensarme con la orden de la Jarretiera; pero la cuerda hace mas ilustre mi posición.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su poder, eran otra facción engendrada por los *independientes*, cuyos principios llevaban hasta las últimas consecuencias.

Amedrentado por las amenazas, y no pudiendo entenderse con el ejército y con el Parlamento, que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de fugarse de Hamptoncourt, dejando sobre su mesa una declaración dirigida á las dos cámaras y diferentes papeles. Huntingdon dice que Cromwell había escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt, advirtiéndole el peligro de Carlos.

Tan abandonado juzgaba este su causa, que no intentó internarse en Inglaterra y reunirse á su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á Berwick. Después de haber marchado toda la noche, sin mas séquito que el ayuda de cámara Legg, y dos gentiles-hombres, Ashburnham y Berckley, llegó á la costa, donde solo vió un mar desierto. El que domina el abismo y separó sus aguas para abrir paso á su pueblo, no permitió que una barca pescadora se presentase para facilitar un camino sobre las olas al fugitivo monarca. Carlos fue á llamar á la puerta del castillo de Tickfield, donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad, y luego tomó el partido desesperado de solicitar la protección del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Advertido por Jacobo Ashburnham y por Berckley, Hammond se negó á prometer su protección á Carlos, y pidió ser presentado á él. El rey, sabiendo la inesperada llegada del gobernador, se creyó de nuevo víctima de una de esas traiciones á que estaba acostumbrado, y exclamó: «¡Jacobo, me has perdido!» Ashburnham, anegado en lágrimas, propuso á Carlos dar puñaladas á Hammond, que esperaba á la puerta, pero el monarca no quiso acceder á este asesinato, que acaso le habria salvado.

El rey cayó otra vez prisionero de la facción militar, en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que merced á sus incertidumbres, había llegado á ser sospechoso al Parlamento y á los soldados, reunió los oficiales, y se resolvió en un consejo secreto que cuando el ejército hubiese acabado de apoderarse de todos los poderes, se juzgase al rey por el crimen de tiranía; crimen que aquel independiente ejército monopolizaba en su provecho, mirándolo sin duda como uno de sus privilegios ó como una de sus libertades.

El Parlamento, aunque ya muy mutilado, intentó resistir todavía, y continuó tratando con el rey. Cuán-

do los comisarios de esta asamblea, ya impotente, fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, se mostraron llenos de respeto en presencia de aquella cabeza blanca y *descoronada*, como la llama Carlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey se abrieron sobre ciertos puntos de disciplina religiosa; mas no se entendieron: tal era el genio de aquella época, que se sacrificaba todo al capricho de una controversia. Sin embargo, las libertades públicas, y especialmente la de imprenta por las cuales se decía hacer todo, eran inmoladas á los partidos, alternativamente vencedores. Los folletos titulados *Causa del ejército* y *Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios como atentatorios á la autoridad del gobierno, en tanto que la fuerza militar por su parte obtenía, á petición del general Fairfax, que todo escrito fuese sometido á la censura, siendo el censor designado por el general. Las facciones, sin exceptuar las republicanas, nunca han querido la libertad de la prensa; hé aquí el mas cumplido elogio que de esta libertad puede hacerse.

No obstante, los *niveladores* dieron tal ensanche á su política de teoría, que inspiraron serios temores á Cromwell, quien, presentándose bruscamente en uno de sus conciliábulos con el regimiento rojo que acaudillaba y cuyos soldados eran conocidos con el nombre de *costillas de hierro*, dió muerte por su mano á dos demagogos, hizo ahorcar algunos otros, y dispuso el resto. ¿Qué decían las leyes, de estos homicidios arbitrarios, en aquel tiempo de libertad legal?

Avergonzados los escoceses de haber entregado á su señor, corrieron á las armas; Cromwell los hirió é hizo prisionero á su general, el duque de Hamilton; y los realistas, obligados á capitular en la ciudad de Colchester, fueron expuestos á la venta como un rebaño de negros y enviados á la Nueva-Inglaterra; Carlos II, reinstalado en su poder, olvidó rescatarlos; así pues, la ingratitude de los reyes hizo de la posteridad de aquellos desventurados prisioneros, unos hombres libres en el mismo suelo donde habían sido vendidos como esclavos de los reyes.

El ejército victorioso pidió, primero en términos embozados y luego sin rodeos, el enjuiciamiento del rey; petición apoyada por diferentes guarniciones del reino. Luis XVI fue víctima de la animosidad de un cuerpo político, pero Carlos I solo sucumbió á la animosidad de la facción militar: sus acusadores, una parte de sus jueces, y hasta sus verdugos, fueron oficiales.

Alarmado por tantas tentativas atrevidas, el Parlamento aceleró las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: la única respuesta de Cromwell fue marchar á Londres.

Al mismo tiempo se dió al coronel Hammond, en la isla de Wight, la orden de reunirse al general Fairfax, y que entregase la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El Parlamento prohibió á Hammond que obedeciese, y él se hubiera sometido á las órdenes de la autoridad civil; pero viendo á los soldados de la guarnición dispuestos á la rebeldía, salió al campo, donde fue preso. El rey lo fue asimismo, y desde la isla de Wight fue trasladado al castillo de Hurst, y luego á Windsor. Carlos, que había enviado su *ultimatum* á los Comunes, y prometido á Hammond esperar en la citada isla la respuesta definitiva del Parlamento, no intentó fugarse, como hubiera podido hacerlo fácilmente: su fidelidad á la palabra empeñada le condujo al cadalso; así, pues, el honor del príncipe fue el crimen de la nación.

Los *independientes*, que habían anteriormente expulsado de la cámara electiva á los *presbiterianos* mas probos, iban á ser expulsados á su vez. Esta fue la única circunstancia en que aquellos famosos Comunes

dieron muestras de valor, pues en presencia del ejército que sitiaba las puertas de Westminster, declararon que las condiciones que habían llegado de la isla de Wight eran insuficientes, y que se podía concluir un tratado con el rey. Las grandes revoluciones, cuando son tardías, casi nunca son coronadas con un éxito feliz, porque no pertenecen ni á la inspiración de la virtud, ni al impulso del carácter, puesto que son el mero resultado de una situación desesperada, que produce una superioridad momentánea sobre el miedo: una vez en este caso, ó se carece del valor necesario para sostener estas revoluciones, ó de los medios necesarios para llevarlas á cabo.

La equitativa historia debe tomar en cuenta que este voto de los Comunes fue principalmente la obra de Prinne, el presbiteriano tan perseguido por el partido de la corona y del episcopado; el hombre que por la independencia de sus opiniones, había sufrido dos veces la mutilación, tres la exposición á la pública vergüenza, ocho años de prisión y considerables multas.

Al día siguiente de la resolución parlamentaria, el coronel Pride, de oficio carretero, detuvo á cuarenta y siete miembros de los Comunes, cuando se presentaron á las puertas de Westminster; al otro día se negó la entrada á noventa y ocho, y habiendo declarado Prinne que no se retiraría voluntariamente, á despecho de todos los obstáculos, fue preciso sacarle á viva fuerza. Después de diferentes espurgos, el parlamento Largo quedó reducido á setenta y ocho miembros, y poco después á cincuenta y tres, á causa de espontáneas retiradas: trescientos cuarenta votantes habían asistido á la deliberación relativa á las negociaciones con el rey. El puñado de sediciosos conservado por la irrisión de los soldados, retuvo el nombre de *Parlamento*, pero el desprecio popular le añadió el sobrenombre de *rump*, que le ha quedado.

El *rump* desechó todo proyecto de arreglo con Carlos, y habló también de forjar uno de esos planes de república que los ilusos conciben y de que se aprovechan los bellacos. El bill para enjuiciar á Carlos y constituir á este efecto un tribunal, fue propuesto y votado en la pretendida cámara de los Comunes. La cámara alta, de que no quedaba ya sino la sombra, y que sólo contaba en su seno diez y seis Pares, deshecho por unanimidad el doble bill; en vista de esto, el *rump* expidió al punto este decreto: «En consideración á que los miembros de los Comunes son los verdaderos representantes del pueblo, de quien, después de Dios, se deriva todo poder, la ley nace de la cámara de los Comunes, y no necesita para ser obligatoria, ni el concurso de los Pares, ni el del rey.»

Extendiose un acta autorizando á ciento cuarenta y cinco jueces nombrados en ella, ó solo á treinta de entre ellos, á constituirse en alto tribunal, á fin de hacer el proceso á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra. Coke fue el abogado general, y Bradshaw obtuvo la presidencia de este tribunal, de que Cromwell formaba parte. Al abrirse el procedimiento, solo se hallaron presentes sesenta y seis miembros, y solo sesenta al dictarse el fallo.

El rey fue conducido de Windsor al palacio de San James, y desde aquí á la barra del tribunal, que funcionaba en la extremidad del gran salón de Westminster. El presidente Bradshaw estaba sentado en un sillón de terciopelo carmesí, y los sesenta y seis comisarios, colocados á los dos lados del presidente en banquetas forradas de escarlata; otro sillón situado en frente del presidente estaba destinado al acusado. Al anunciarse la llegada del rey, Cromwell se precipitó á una ventana para verlo, y se retiró igualmente apresurado, pálido como la muerte.

Carlos entró con paso firme, calado el sombrero y con un bastón en la mano; primero se sentó, y luego

se levantó y examinó á sus jueces con segura mirada; acacia esto el 20 de enero de 1649, día que debía tener un terrible aniversario: el 20 de enero de 1793 se leyó á Luis XVI, preso en el Temple, la sentencia de muerte.

Conducido cuatro veces á presencia de sus asesinos, Carlos hizo alarde de una nobleza, de una paciencia, de una sangre fría y de un valor que borraron el recuerdo de sus debilidades. Rechazó la competencia del tribunal, y sin descubrir su cabeza, habló como rey.

Bradshaw opuso á Carlos la soberanía del pueblo, y le acusó de haber violado la ley, hollado las libertades públicas y derramado la sangre inglesa. Esta controversia política no era otra cosa que un proceso burlesco en presencia de la muerte, verdadero presidente del tribunal. Los testigos probaron que el rey había mandado sus tropas en diferentes encuentros; en Francia no se hubiera dado muerte á un rey por haberse batido.

Lady Fairfax mostró esa generosa audacia propia de las mujeres, pues se atrevió á contradecir á los comisarios desde la tribuna en que asistía al proceso, habiendo sido amenazada de que se mandaría á los soldados hacer fuego sobre las tribunas.

Los jueces, que se reconocían verdugos, habían colocado una espada sobre la mesa á que estaban sentados los dos secretarios del tribunal. Al pasar por delante de esta mesa, Carlos tocó la espada con la punta de su bastón, y dijo: «No me intimida.» Y así era la verdad.

Con el mismo bastón había tocado también el hombre del abogado general, Coke, dirigiéndole el grito parlamentario ¡hear! ¡hear! (¡escuchad! ¡escuchad!); al empezar aquella defensa, el puño de plata del bastón cayó al suelo, y así amigos como adversarios concluyeron de este hecho que el rey sería decapitado.

Carlos sonrió con desprecio al oír en su derredor estas encontradas exclamaciones: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Ejecución! ¡Ejecución!

Habiendo un miserable, acaso uno de sus jueces, escupióle en el rostro, se limpió sin inmutarse: «Los pobres soldados, dijo luego á Herbert, el Clerg del antecesor de Luis XVI, los pobres soldados no me aborrecen, sino que son excitados á estos insultos por sus gefes, á quienes tratarían del mismo modo por un puñado de plata.» Uno de los soldados, que le manifestaba alguna compasión, fue rudamente golpeado por un oficial: «El castigo me parece superior á la falta,» dijo Carlos.

La Religión sostenía al monarca, que creía compartir sus afrentas con el Rey de los reyes; esta comparación elevaba su alma sobre las miserias de la vida, y solo se le vio enternecerse cuando oyó al pueblo gritar detrás de los guardas: ¡Dios preserve á V. M.! No son los ultrajes, sino las muestras de bondad, las que rompen el corazón de los desgraciados.

En los intervalos de las sesiones, los comisarios se retiraban para deliberar en la *Sala pintada*; esto sucedía el tercer día del juicio, cuando el rey propuso explicarse ante un comité compuesto de lores y de miembros de los Comunes, pues tenía que hacer, según decía, una proposición propia para devolver la paz á su pueblo. Bradshaw desechó tal propuesta; y habiendo reclamado el coronel Downes, uno de los jueces, el tribunal fue á deliberar al aposento inmediato; Cromwell triunfó del coronel, y se decidió no admitir la propuesta del rey. Proponíase Carlos, al menos así se ha creído, declarar que abdicaba la corona en favor del príncipe de Gales.

Antes y durante la instrucción del proceso, se trató de exaltar por todos los medios posibles, el espíritu del pueblo.

Un predicador anunció en el púlpito que acababa

de tener la revelación de que, para asegurar la felicidad del pueblo, era urgente abolir la monarquía; que el rey era visiblemente Barrabás, y el ejército, Cristo; que no se debía imitar á los judíos, entregando el ladrón en lugar del justo; que en el ejército había mas de cinco mil *santos*, cuales no los había mayores en el paraíso; y que por lo tanto debía hacerse justicia del gran Barrabás de Windsor. Este predicador, procedente de Nueva-Inglaterra, se llamaba Peters; extraña semejanza de nombre con aquel otro Peters, que contribuyó á la pérdida de Jacobo II.

En aquellos críticos momentos se vió lo que tantas otras veces: es decir, la probidad común, suficiente en tiempos normales, é ineliaz en los de peligro. Aquella especie de hombres de bien, que habían querido la revolución de buena fe, caracieron de energía para encerrarla dentro de justos límites. Whitelocke, que pertenecía á este rebaño de hombres débiles, declaró que rechazaba sobre el ejército la farsa de proceso hecho al rey; cosa muy natural en su opinión, toda vez que el ejército había pedido la acusación. Whitelocke tenía razón; pero el ejército no lo entendía así, sino que pretendía hacer de los parlamentarios unos verdugos en pro de sus planes. Whitelocke, guarda-sellos, fue á ocultarse en el campo con su colega Weddington, y Elsing, amanuense del Parlamento, hizo renuncia de su cargo. John Cromwell, entonces al servicio de Holanda, fue á Inglaterra de parte del príncipe de Gales y del de Orange, con el designio de salvar al rey. Introducido con mucho trabajo cerca de su primo Oliverio, procuró disuadirle de la enormidad del crimen próximo á perpetrarse, y le recordó que le había visto en otro tiempo en Hamptoncourt animado de mas leales opiniones. Oliverio le replicó que los tiempos habían cambiado, y que aunque había ayudado y orado por Carlos, el cielo no le había dado aun respuesta alguna. John se arrebató y fue á cerrar la puerta, y Oliverio creyó que su primo se proponía asesinarle. «Vuelve á tu posada, le dijo, y no te acuestes sino después de haber oído hablar de mí.» A la una de la madrugada, un mensajero de Oliverio fue á decir á John que el consejo de los oficiales *había buscado al Señor*, y que este quería que el rey muriese. En otra ocasión se había oído exclamar á Cromwell: «Se trata de mi cabeza ó de la del rey; mi elección está hecha.»

La orden para la ejecución de la sentencia de muerte fue firmada en la *Sala pintada*, por unos sesenta miembros, que la sellaron con sus sellos; el original de esta orden se conserva: muchos de los nombres de los firmantes están escritos de modo que no es posible leerlos; otros están borrados y reemplazados por otros nombres entre renglones. La bajeza en lo presente y el temor respecto del porvenir habían aconsejado estas villanas precauciones, propias de una conciencia insegura.

Cromwell estampó su nombre en la orden de ejecución, con esas bulonadas que acostumbraba mezclar con las acciones mas serias; ya porque intentase aparentar que era superior á ellas, ya porque su carácter se compusiese de lo grotesco y lo grande, sirviendo aquel de distracción á este.

Habiasele visto en su primera juventud tan dado á la disolución, que los taberneros cerraban sus puertas al verte pasar por las calles de Huntingdon. Una vez, en casa de uno de sus tíos, obligó á los concurrentes á huir de un baile, merced á cierto perfume con que había frotado sus guantes y vestidos. Algun tiempo después, ocupándose de una constitución para Inglaterra, arrojó una almohada á la cabeza de Ludlow, que le arrojó otra á las piernas, cuando le vió huir. Habiéndole sorprendido un día los *santos* bebiendo, dijo á sus alegres amigos: «Green que *buscamos al Señor*, y buscamos un tirabuzón.» Este había caído al suelo.

Cromwell, al firmar la orden de ejecución de Carlos I, embadurnó de tinta el rostro de Enrique Martyn, que firmaba á su lado; el regicida Martyn devolvió la chanza á su camarada de asesinato; aquella tinta era sangre, é imprimió en ellos la señal que marcaba la frente de Cain.

El coronel Ingoldsby, pariente de Oliverio, nombrado comisario en el alto tribunal, donde no llegó á tomar asiento, entró casualmente en la *Sala pintada* en aquel momento. Instóle Cromwell á que uniese su nombre á los ya inscritos, mas él se negó á hacerlo. Los comisarios se apoderaron de Ingoldsby; Cromwell le puso á viva fuerza la pluma entre los dedos, con grandes carcajadas; y guiándole la mano, le obligó á trazar la palabra *Ingoldsby*.

Por lo demás, este escarnio abominable es muy frecuente en la historia. Los mayores revolucionarios de Francia eran fanfarrones é indiscretos, y se jactaban de derramar la sangre con la misma indiferencia que el agua. La conciencia del protervo y la del hombre virtuoso producen la misma paz y sostienen agradablemente la vida; hay entre ellas, no obstante, una diferencia: la una no siente el peso de los remordimientos, la otra no siente el de la adversidad.

Cromwell representó otra farsa respecto de Fairfax: proponíase este intentar libertar al rey con su regimiento; pero Cromwell, secundado por Ireton, se esforzó en persuadirle que el Señor había rechazado á Carlos; y le incitaron á que apelase al cielo para obtener un oráculo, ocultándole, sin embargo, que habían firmado ya la orden de ejecución.

El coronel Harrison, tan sencillo como Fairfax, pero movido por diferentes ideas, fue dejado por el yerno y el suegro cerca de Fairfax, é hizo durar las oraciones hasta el momento en que llegó la nueva de que había caído la cabeza del rey.

Los lores Richmond, Lindsay, Southampton y Herforth, antiguos ministros de Carlos, pidieron sufrir la muerte en lugar de este, como únicos responsables, según el texto de la Constitución, de los actos de la corona. Las facciones no reconocieron esta noble responsabilidad; y el crimen dió un bill de indemnidad á los ministros. La Escocia amenazó; Francia y España hicieron representaciones bastante frias, y la Holanda obró con mas viveza, pero en vano.

Carlos escuchó la lectura de su sentencia sin dar mas señales de conmoción que una desdeñosa contracción de labios, cuando se oyó declarar tirano, traidor, asesino, enemigo de la república, y condenado como tal á ser decapitado. Los sesenta y tres comisarios que quedaban de los ciento cuarenta y cuatro nombrados, se levantaron en señal de adhesión á la sentencia, que fue leída en alta voz. Carlos mostró deseo de hablar despues de la lectura, pero no se le permitió, pues no estaba ya vivo á los ojos de la ley.

Durante los tres días concedidos al preso para prepararse á la muerte, el único rumor de la tierra que llegó á su soledad fue el de los operarios que levantaban el cadalso. Los republicanos tenían en su poder á los dos hijos de Carlos, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, de edad de tres años, que fueron conducidos á su presencia. El monarca tomó al duque en sus rodillas, y le dijo: «Se va á cortar la cabeza á tu padre; acaso se trata de hacerte rey, pero no puedes serlo mientras vivan tus hermanos mayores, Carlos y Santiago.» El niño respondió: «Primero me dejaré hacer pedazos.» El padre abrazó al huérfano, derramando lágrimas de ternura. Cromwell, que se reservaba la corona, quería hacer del duque de Gloucester un mercader de botones. El rey Luis XVIII, niño aun, y su noble hermana recibieron despues en el Temple las bendiciones de Luis XVI.

Un comité nombrado por el tribunal había elegido el lugar de la ejecución; el patíbulo se erigió delante del palacio de Whitehall, al nivel de la sala de los

banquetes. A consecuencia de esta disposición, Carlos debía hallarse á pie llano con su nuevo trono al salir por las ventanas. La mano de Dios había escrito en las paredes de esta sala de los festines, la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey había pedido la asistencia del obispo Juxon, virtuoso defensor de Strafford, y le fue concedida por la mediación de Peters, el predicante fanático, que tanto se asemejaba á los clérigos de París en tiempo de la Liga. Herberto, que no se separaba de su señor, se acostaba en un camastro inmediato á su lecho.

En la noche del 29 al 30 de enero, el rey durmió profundamente hasta las cuatro de la madrugada. Entonces despertó á Herberto y le dijo: «Ha llegado el día de mi segundo matrimonio; necesito, pues, un traje digno de esta solemnidad.» Indicó el vestido que quería llevar, y se puso dos camisas á causa del rigor de la estación. «Si temblase de frío, dijo, mis enemigos lo atribuirían á miedo.»

Habiendo advertido Carlos que Herberto había tenido un sueño agitado, le preguntó la causa. «He soñado, dijo aquel, que veía entrar al arzobispo Laud en vuestro aposento, y que habiéndole dado la orden de acercarse á vuestra persona, le habeis hablado con aire triste. El arzobispo exhaló un profundo suspiro, y se retiró inclinando la cabeza.» Carlos asombrado por este sueño, replicó: «Ese arzobispo no existe ya; pero si viviese le hubiera dicho algunas cosas que le habrían hecho suspirar.»

El monarca pasó algunas horas en oración con el obispo, y recibió la comunión de manos de este verdadero amigo de Dios. El republicano Ludlow desfiguró esta escena patética, refiriendo que Juxon, llamado por Carlos, vistió con premura sus vestiduras pontificales, y que no teniendo ningun discurso dispuesto al efecto, leyó á su penitente uno de sus antiguos sermones. Las Memorias de Clery, falsificadas por orden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y satirizan los rasgos de la virtud y del infortunio.

Herberto volvió á entrar en la cámara del rey, y poco despues el coronel Hacker fue á anunciar que era tiempo de partir para Whitehall.

Carlos, vestido de luto, adornado con el collar de San Jorge, y con un sombrero con una pluma negra en la cabeza (así se había vestido Falkland para morir), salió á pie del palacio de San James el 30 de enero de 1649, á las ocho de la mañana, y atravesó el patio entre dos filas de soldados; sus servidores y carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, jefe de su guardia fúnebre, le acompañaban con la cabeza descubierta: el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en su palacio de Whitehall, donde se le había preparado un banquete, pero solo tomó un poco de pan y vino; y aun esto por consejo de Juxon. Dos horas trascurrieron antes de ser llamado al suplicio, no habiendo podido formarse sino vagas conjeturas acerca de esta misteriosa dilación.

Los embajadores de Holanda llegaron á Londres el 25 de enero, y no recibieron audiencia de los Comunes hasta la noche el 29, víspera de la catástrofe.

Seymour se hallaba entre ellos, y era portador de dos cartas del príncipe de Gales, una dirigida al rey y la otra á Fairfax, y además llevaba consigo una firma en blanco del príncipe, Seymour estaba autorizado á declarar que los parlamentarios podían escribir en él todas las condiciones que estimasen oportuno imponer para el rescate de la vida del preso; y el nombre del heredero de la corona, escrito al pie de estas condiciones, sería la garantía de su plena y entera aceptación. Este incidente puede suscitar dudas, y si hu-

(1) Algunas Memorias dicen que se había practicado una abertura en la pared.

biese ocurrido con algunos días de antelación; hubiera quizá salvado al rey. Sea de esto lo que quiera, es cierto que se deliberó al pie del cadalso, y que el sacrificio se suspendió dos horas, por razones de que no tenemos noticia. Hallamos una prueba singular de la irresolución de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax, que se encontraba en Whitehall durante la ejecución, se había negado á pertenecer al número de los jueces; habíase opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mayor energía que él, había amenazado con sublevar los soldados de su regimiento, y solo fue engañado, como hemos visto, por las chocarrerías de Cromwell. Hallóle Herberto rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo al verle: «¿Cómo sigue el rey?» pregunta que causó no poca sorpresa á Herberto. ¿Deberemos creer que Fairfax imaginaba que no seguían las negociaciones? ¿O es que ignoraba el verdadero estado de las cosas? La rectitud sin luces naturales produce los mismos resultados que la perversidad, porque sino consuma los hechos, deja consumar los, y su propia conciencia le tiende unos lazos de que no sabe desasirse.

Acaso la demora de que hablamos provino de la dificultad de hallar verdugos, y de vestirlos con traje adecuado á la escena. El proceso formado por los regicidas, demuestra que no se sirvieron del verdugo ordinario; que habiendo sido llamados bajo juramento, todos los soldados de un regimiento se negaron á prestar sus brazos á esta obra; y que Hulet, oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo, sostuvo en su defensa que se le había mantenido preso en Whitehall por haber rehusado el hacha de honor de los regicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymour que entregase á Carlos la carta de su hijo. Seymour recibió las últimas instrucciones del monarca para el príncipe de Gales. No bien se hubo retirado, cuando entró el coronel Hacker, que iba á anunciar al monarca que había llegado su postrer momento.

Carlos le siguió sin titubear, y atravesó acompañado de Juxon, una dilatada galería ocupada por soldados; estos se mostraban harto cambiados, y en su aspecto se echaba de ver la parte que al fin tomaban en tan alto infortunio. El rey salió por la extremidad de la galería, y se halló de repente sobre el cadalso: sonaban á la sazón las diez y media.

El patíbulo estaba cubierto de negro. Dos verdugos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el terror de la catástrofe, se mantenían en pie al lado del tajo sobre el cual se veía brillar el hacha: los dos estaban igualmente vestidos con trajes de carnicero, especie de saco ó blusa estrecha de lana blanca: el uno, de negro cabello y barba, llevaba un sombrero con ala caída; el otro ostentaba una larga barba parda, y en su cabeza una peluca del mismo color, cuyos pelos colgaban en desorden sobre la máscara. Cuatro argollas de hierro fijadas en el patíbulo, estaban destinadas á pasar por ellas unas cuerdas que obligasen al rey á poner su cabeza sobre el tajo en caso que opusiese resistencia; así los antiguos sacrificadores ataban el toro al altar. Varios regimientos de caballería é infantería, con casacas encarnadas, rodeaban el cadalso, y un pueblo numeroso, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se agrupaba en silencio á espaldas de las tropas.

Dominaba Carlos aquel formidable espectáculo desde lo alto del fúnebre monumento, y en sus miradas se advertían cierta intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oír de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que le rodeaban; no mostró zozobra ni prisa al aspecto de la muerte, y hubiera podido creerse un hombre ocupado en su aposento

de la acción más común, mientras sus domésticos le preparaban su lecho.

Aquella noche se vendió en las calles de Londres una relación popular de los últimos momentos del rey, llena de esos pequeños pormenores de que tanto gustan los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, brillan una sencillez y una naturalidad que todas las copias del mundo no alcanzan á reproducir. Hé aquí esta relación, en la que se advertirá la libertad de espíritu de Carlos, y sus discursos mezclados de controversia religiosa y política; el régio orador parecía olvidar que estaba allí para morir, y solo sus paréntesis relativos al hacha, revelaban que se acordaba de todo. Y admirarse también en esta relación el dolor de los concurrentes, y hasta el respeto del verdugo, pues Hulet, velado el rostro con su antifaz de barba parda, no dió el golpe sino por orden del único que tenía derecho de dictársela.

Nos servimos de la traducción francesa de este documento, hecha en 1649, y no menos sencilla que el original.

RELACION VERIDICA

LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN-BRETAÑA,

CON LA ARENGA DIRIGIDA POR S. M. DESDE EL PATIBULO, INMEDIATAMENTE ANTES DE SU EJECUCION.

«El día 29 de enero, á las diez de la mañana, el rey fue conducido desde San James á pie por el interior del patio, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, precediéndole y siguiéndole algunos de sus gentiles-hombres con la cabeza descubierta; el señor Juxon, doctor en teología, y poco antes obispo de Londres, le seguía, y el coronel Thomlinson, encargado de la custodia de S. M., le hablaba con la cabeza también descubierta, desde el parque de San James á través de la galería de Whitehall hasta la cámara de su gabinete, donde acostumbraba dormir y hacer sus oraciones; habiendo llegado á la citada galería, se negó á comer, pues habiendo comulgado una hora antes, había bebido luego un vaso de vino y comido un poco de pan.

«Desde allí fue acompañado por el señor Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales encargados de seguirle, y por su guardia de corps, rodeado de mosqueteros, desde la sala del banquete inmediata al cadalso, que se alzaba cubierto de negro, con el hacha y el tajo en medio. Muchas compañías de caballería y de infantería estaban colocadas á entrambos lados del cadalso, y á su espalda se agolpaba el pueblo, deseoso de presenciar el espectáculo. Habiendo el rey subido al patíbulo, miró detenidamente el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si lo había más alto; luego habló en los términos siguientes, dirigiendo particularmente sus palabras al coronel Thomlinson:

«Muy poco tengo que decir; por esto me dirijo á vos, y os diré que callaría muy gustoso á no temer que mi silencio diese á algunos motivos para creer que sufro la falta con tanta indiferencia como el castigo; pero creo que para sincerarme para con Dios y mi país debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como un hombre de bien.

«Empezaré hablando de mi inocencia, y en verdad no creo me sea necesario hablaros largo rato sobre el particular. Todo el mundo sabe que no he roto la guerra con las dos cámaras del Parlamento; y pongo por testigo á Dios, á quien pronto hablaré de dar estre-

cha cuenta, que nunca he intentado usurpar sus privilegios; por el contrario, ellos inauguraron la discordia, apoderándose de los arsenales; confiesan que me pertenecen, pero juzgan que ha sido necesario arrebatármelos; y para reasumir, diré que si alguno quiere confrontar las fechas de las diputaciones de sus diputados con las de los míos, verá con toda claridad que ellos han empezado estas fatales disensiones y no yo; así es que espero que Dios vendrá á mi inocencia... No! no quiero que esto acontezca! Tengo caridad, y no quiero Dios que yo impute la falta á las dos cámaras del Parlamento; no es necesaria la una ni la otra, y las juzgo exentas de todo crimen, porque creo que los malos ministros de su parte y de la mía, han sido los principales causantes de la sangre derramada. Bien examinado todo, así como yo me conceptúo libre de culpa, espero (y pido á Dios que así sea), que ellas lo estén igualmente. No obstante, no permita Dios que yo sea tan mal cristiano que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí, pues muchas veces castiga justamente por medio de una venganza injusta, como lo vemos con harta frecuencia. Diré únicamente que una sentencia injusta que he permitido ejecutar (1), es castigada en este momento por otra, también injusta, dictada contra mí. Lo que he dicho hasta aquí tiene por objeto demostraros mi inocencia.

«Ahora, para haceros ver que soy buen cristiano, ved aquí á un hombre justificado (mostrando con el dedo al señor Juxon), que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á los autores de mi muerte; Dios sabe quienes son, y le ruego les perdone. Pero esto no basta: es preciso que mi caridad vaya más lejos: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un enorme pecado en este caso. Pido á Dios con San Estéban que no reciban el castigo; y no solo esto, sino que puedan hallar el verdadero medio de restablecer la paz en el reino; porque la caridad me manda perdonar, no solo á los particulares, sino procurar, hasta mi último suspiro, consolidar la paz en el reino.

«Así, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero que hay aquí algunos (2) que lo harán conocer á todo el país, para ayudar á esta pacificación.

«Ahora, señores, debo haceros ver que estais en un mal camino, y colocaros en otro mejor. En primer lugar, para probaros que os desvais de la justicia, os diré que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por vía de conquista; ciertamente esta es una pésima vía, porque una conquista, señores, nunca es justa sino se apoya en alguna buena y legítima causa, ya sea esta algun agravio recibido, ya algun indisputable derecho; y en tal caso, si os excedeis de esto, la primera contestación que aventurais hace vuestra causa injusta al fin, aunque al principio no lo fuese; mas si solo es por conquista, cometéis un gran robo; recordad que un pirata acusó un día á Alejandro de ser un ladrón en grande, siendo así que él se daba por contento con ser un ladrón en pequeño. De manera, señores, que el camino que ahora emprendéis me parece muy desafortunado, y está seguro de que para poneros en otro más seguro, nunca hareis bien ni Dios os asistirá sino dais á Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey (quiero decir á mis sucesores), y al pueblo lo que le pertenece. Yo amo al pueblo tanto como vosotros. Debeis dar á Dios lo que es de Dios, arreglando rectamente su Iglesia (segun la Escritura), pues hoy está en gran desorden. No puedo deciros detalladamente en este momento cual sea esa vía; os diré únicamente que sería oportuno reunir un sínodo nacional, donde todos pudiesen discutir con entera

(1) La sentencia de muerte del conde de Stafford.

(2) Volviéndose hacia algunos gentiles-hombres que anotaban lo que decía.

